



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Título: Gran Guerra, ¿Grandes Cambios? La Argentina y el mundo de la posguerra según Carlos Ibarguren.

Autor: Boris Matías Grinchpun.

Pertenencia institucional: Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires.

Correo electrónico: matiasgrinchpun@gmail.com

Resumen

Carlos Ibarguren estuvo en una posición privilegiada para observar los cambios provocados por la Ley Sáenz Peña. Como Ministro de Justicia y exponente de la elite social y cultural argentina, dejó testimonios de un proceso con perspectivas inciertas. Pero también prestó atención a las grandes transformaciones que sacudían a Europa, en particular a la Primera Guerra Mundial y a la Revolución Rusa. Este trabajo se propone explorar las apreciaciones de Ibarguren sobre estos cambios paralelos, en el impacto que provocaron y en posibles vinculaciones entre la realidad argentina y la internacional.

Palabras Clave: Carlos Ibarguren - Primera Guerra Mundial - Revolución Rusa - Ley Sáenz Peña - Nacionalismo.

Abstract

Carlos Ibarguren watched the changes brought by the Sáenz Peña Law from a vantage position. Minister of Justice and part of the social and cultural elite, he left his views on a process with uncertain perspectives. But he also paid attention to the great transformations that were shocking Europe, especially the First World War and the Russian Revolution. This article proposes an exploration of Ibarguren's opinions on this parallel changes, of the impact they had and of the possible link between domestic and global issues.

Key Words: Carlos Ibarguren - First World War - Russian Revolution - Sáenz Peña Law - Nationalism.

INTRODUCCIÓN. UN VALIENTE Y NUEVO MUNDO

La noche del 3 de agosto de 1914 el Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Sir Edward Grey, comentó amargamente a su amigo John Alfred Spender que “se están apagando las luces de toda Europa, y no vamos a volver a verlas brillar en nuestra vida”.¹ Un día después la oscuridad parecía caer definitivamente cuando su país siguió los pasos del Imperio Ruso y de la Tercera República francesa al declarar la Guerra al II Reich alemán y a sus aliados.

Las posibilidades de conflicto se habían elevado drásticamente durante los años anteriores. Muchos de los mecanismos políticos y diplomáticos que habían permitido a las grandes potencias resolver sus disputas de forma pacífica, algunos de ellos vigentes desde el Congreso de Viena, se mostraron ineficaces o cayeron paulatinamente en desuso. Las ambiciones imperialistas, la carrera de armamentos y la formación de dos grandes y mayormente inelásticos bloques de alianzas dejaron el camino expedito para que un incidente en los Balcanes se extendiera a todo el Viejo Continente.²

Amplios sectores de las sociedades europeas recibieron con júbilo la noticia. Diversos actores y grupos habían hecho bregado abiertamente en la esfera pública por una contienda que resolviera los acuciantes problemas políticos, económicos y culturales que cada uno de los países atravesaba. En ciertos casos, el fervor bélico era reemplazado por un marcado fatalismo, en tanto se pensaba que la futura guerra sería un cataclismo tan terrible como inevitable.

Corrientes de pensamiento entonces en boga como el darwinismo social habían permitido actualizar el viejo tópico que oponía el conformismo y la quietud de las épocas de paz con el vigor y el sacrificio heroico de la guerra. El declive físico, intelectual y moral que muchos autores lamentaban en los pueblos europeos sería revertido por una contienda que permitiría a los sujetos alienados por la civilización burguesa reconectarse con sus impulsos más primigenios, viriles y auténticos. En cierta manera, este tipo de posturas reflejaban la progresiva erosión de los principios del positivismo provocada por, entre otros, el nihilismo y el vitalismo del fin-de-siglo.³ Tampoco puede pasarse por alto el rol

¹ JOHN H. MORROW JR., *La Gran Guerra*, Barcelona, Edhasa, 2008, p. 83.

² PAUL W. SCHROEDER, “Política internacional: paz y guerra, 1815-1924” en: T.C.W. BLANNING, *El Siglo XIX. Europa 1789-1914*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 233-244.

³ JOHN W. BURROW, *La Crisis de la Razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*, Barcelona, Crítica, 2001.

del nacionalismo, muchas veces señalado como el principal responsable de esta y de otras catástrofes del siglo XX.⁴ Gracias a las reflexiones teóricas de numerosos (y variopintos) intelectuales y a la promoción de los Estados, la nación se convirtió en una especie de deidad laica por cuya seguridad muchos ciudadanos europeos estaban dispuestos a arriesgar y eventualmente entregar sus vidas.

Sin embargo, esta imagen de una Europa que se lanzaba consciente y voluntariamente al precipicio debe ser matizada. El recorrido retrospectivo puede opacar la sorpresa que los Días de Agosto provocaron en muchos de los observadores del momento. Aún más impactantes fueron los rasgos brutales que la conflagración adquirió y las radicales transformaciones que provocó. Las célebres palabras de Grey tomaron a partir de entonces un cariz profético, ya que a pesar de numerosos intentos las luces de la *belle époque* no volvieron a encenderse.

La destrucción material, la pérdida de vidas, el endeudamiento, la inestabilidad monetaria y los desafíos de la reconversión industrial representaron un duro golpe para la prosperidad europea. Las dificultades a la hora de reconstruir el sistema multilateral de pagos de la preguerra y las recurrentes crisis fiscales y financieras que numerosos países atravesaron durante las siguientes décadas hablarían de una realidad económica tan novedosa como incierta.⁵

Igualmente desconcertante resultó ser el escenario político europeo, totalmente modificado como consecuencia de los acuerdos de paz. Tres imperios seculares y uno muy reciente desaparecieron y dieron lugar a nuevos regímenes. La monarquía alemana llegó a su fin con la abdicación del káiser Guillermo II y fue suplantada por una joven y volátil república. Austria y Hungría fueron definitivamente separadas, y los territorios del Imperio de los Habsburgo fueron fragmentados en una plétora de pequeños Estados pretendidamente nacionales. Muchos de ellos demostrarían ser económicamente inviables y sufrirían los mismos conflictos entre nacionalidades que habían acorralado a los viejos funcionarios imperiales. Pero estos cambios empalidecían frente a las noticias llegadas desde Rusia: como consecuencia de las revoluciones de febrero y octubre de 1917, el

⁴ ERIC HOBSBAWM, *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2007.

GABRIEL KOLKO, *El Siglo de las Guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, Barcelona, Paidós, 2005.

⁵ MARIO RAPOPORT, *Historia Económica, Política y Social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 111-116.

reinado de los zares dio paso a un Estado controlado por un partido socialista que llamaba, ominosamente para algunos, a la revolución mundial.⁶

Frente a la magnitud de estos procesos los desarrollos ocurridos en la Argentina corrían el riesgo de convertirse, según la expresión de Tulio Halperín Donghi, en “una anécdota excesivamente doméstica”.⁷ Sin embargo, estas “notas al margen” han concentrado la atención de la historiografía dedicada al período.⁸

En este sentido, las cronologías brindan algunos indicios interesantes: a la hora de periodizar se han privilegiado los festejos (y balances) de 1910, año marcado también por la llegada de Roque Sáenz Peña a la presidencia con un ambicioso proyecto de reforma política a costas.⁹ Otra elección posible es 1912, momento el cual ese proyecto dio frutos en la forma de una nueva ley electoral. La primera aplicación de la misma en unos comicios presidenciales resultó en la victoria del caudillo radical Hipólito Yrigoyen, cuya asunción en octubre de 1916 ha sido utilizada como punto de llegada y partida por algunos autores (Botana, 1977 y Falcón, 2001).¹⁰

A grandes rasgos puede afirmarse que esta periodización gira en torno de la gestación y de los resultados de la Ley Sáenz Peña o, si se prefiere, de la transición entre la “República Posible” y la “República Verdadera”. La Primera Guerra Mundial adquiere más importancia en el ámbito de la historia económica, ya que la centralidad de los intercambios comerciales y financieros con el Viejo Continente hicieron que 1914 no pasara desapercibido. Sin embargo, no se habría producido un giro perdurable ya que a pesar del cambio político que esos gobiernos (por las presidencias radicales) representaban, las líneas esenciales del modelo agroexportador no se alteraron (apertura de la economía; endeudamiento externo; comercio exterior basado en el intercambio de materias primas y

⁶ MICHAEL HOWARD, *The First World War*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 136-143.

⁷ TULIO HALPERÍN DONGHI, *Vida y Muerte de la República Verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 69.

⁸ La falta de conexión entre la “historiografía del siglo XX” y la “historiografía de América Latina” ha sido señalada por Olivier Compagnon. Para él, este tipo de interpretaciones prolongan la visión de la región como un ámbito periférico y secundario. Ver OLIVIER COMPAGNON, “Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l’Amérique latine entre 1914 et 1918” en: *Relations Internationales*, N° 137, 2009, p. 31.

⁹ HALPERÍN DONGHI, *ibidem*.

¹⁰ NATALIO BOTANA, *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

RICARDO FALCÓN (dir.), *Democracia, Conflicto Social y Renovación de Ideas (1916-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

alimentos por productos manufacturados; estabilidad de la moneda e, incluso, retorno al patrón oro).¹¹

Durante los últimos años el interés historiográfico por las repercusiones de este conflicto en el país se ha incrementado.¹² La proximidad de su primer centenario y las amplias áreas inexploradas permiten explicar, al menos en parte, este giro prometedor. Un ejemplo son las investigaciones realizadas acerca de las reacciones de los hijos de inmigrantes franceses frente al llamado a las armas de 1914.¹³ También se han realizado aproximaciones a los argumentos esgrimidos por los intelectuales “aliadófilos” y “germanófilos” en los debates suscitados por la cuestión de la neutralidad.¹⁴ La posición de Hipólito Yrigoyen fue objeto de otras investigaciones, que exploraron también su fallido proyecto de convocar un congreso de neutrales.¹⁵

Este trabajo pretende incursionar en este campo a partir de la historia intelectual: más específicamente, se intentará ver como un representante de la elite social y cultural argentina reaccionó frente a las noticias que le llegaron de Europa entre 1914 y 1918. Una salvedad debe hacerse respecto del carácter de la información que circulaba por el país: resulta difícil olvidar las encendidas denuncias de José Ingenieros a las agencias telegráficas que “comenzaron a injuriar la revolución que había destruido el despotismo de los zares”.¹⁶

Más allá de las imprecisiones de las fuentes y del “complot del cable”, los juicios realizados por los intelectuales argentinos no quedarían totalmente invalidados. En última instancia, son representativos del impacto que el paso del “largo siglo XIX” al “corto siglo XX” tuvo en el país. Incluso, podrían buscarse en esas apreciaciones los vínculos que

¹¹ RAPOPORT, *op. cit.*, p. 136.

¹² COMPAGNON, *op. cit.*, p. 32.

¹³ HERNÁN OTERO, *La Guerra en la Sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

¹⁴ MARÍA INÉS TATO, “En defensa de la causa aliada. La militancia de Alberto Gerchunoff durante la Primera Guerra Mundial” en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, 2012, -----, “Contra la corriente. Los intelectuales germanófilos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial” en: *Anuario de Historia de América Latina*, Colonia-Weimar-Viena, 2012, pp. 205-223.

¹⁵ MARÍA MONSERRAT LLAIRÓ Y RAIMUNDO SIEPPE, *La Democracia Radical. Yrigoyen y la neutralidad, 1916-1918*, Buenos Aires, Editores de América Latina, 1992.

¹⁶ JOSÉ INGENIEROS, *Los Tiempos Nuevos. Reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución*, Buenos Aires, Futuro, 1947, p. 41. Ricardo Falcón ha señalado que las primeras noticias sobre la revolución rusa remitidas al país se caracterizaban por su precariedad y tendenciosidad. De todas maneras, la llegada de periódicos europeos favorables habría complejizado el panorama, al menos entre los militantes. Ver FALCÓN, *op. cit.*, p. 338.

establecían entre esa transformación y el más doméstico pasaje de la “República posible” a la “República verdadera”.

El caso elegido es el de Carlos Ibarguren, cuyas actividades como abogado, profesor universitario, ensayista y político lo colocaron en una posición privilegiada para observar y apreciar estas transformaciones. Ibarguren era en este momento un liberal convencido que, más allá de sus particularidades, estaba lejos del “gran teórico del movimiento nacionalista y corporativista” que recordaría peyorativamente José Luis Romero.¹⁷ Incluso podría aventurarse que el itinerario de este intelectual se corresponde *grosso modo* con el que Fernando Devoto ha trazado para otros nacionalistas de derecha que, a pesar de sus críticas al parlamentarismo y a la democracia, se habrían mantenido fieles a un persistente sustrato dejado por la ideología liberal cuando menos hasta los años ‘30.¹⁸

El trabajo se dividirá en tres partes, correspondientes a tres “momentos”: el primero comprenderá los años anteriores a la Gran Guerra en la Argentina, haciendo especial hincapié en las opiniones sobre la reforma política emprendida por Roque Sáenz Peña y la “cuestión social”.

El segundo será el período situado entre 1914 y 1922, durante el cual Ibarguren pudo presenciar el desarrollo y las consecuencias de la Gran Guerra, la Conferencia de París y la Revolución Rusa. La principal pregunta que esta sección buscará responder es si este intelectual se mantuvo fiel a sus anteriores opiniones o si, por el contrario, estos acontecimientos provocaron un cambio de perspectiva.

El tercer y último “momento” unirá los dos anteriores, buscando relaciones entre las dos transiciones. De esta manera, se tratará de explorar las consecuencias que la Gran Guerra tuvo en este jurista y en su percepción de las “anécdotas domésticas”.

REFORMA

Tras la renuncia de Juan Mamerto Garro en 1913 Roque Sáenz Peña convocó a Carlos Ibarguren para ocupar la cartera de Justicia e Instrucción Pública. Ambos habían quedado en excelentes términos tras un discurso sumamente favorable a la reforma electoral

¹⁷ JOSÉ LUIS ROMERO, *Las Ideas Políticas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 238.

¹⁸ FERNANDO J. DEVOTO, *Nacionalismo, Tradicionalismo y Fascismo en la Argentina Moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

pronunciado por el jurista en la colación de grados de la Facultad de Derecho. El nombramiento representaba un importante logro para un joven abogado que, tal vez más por tradición familiar que por aspiración personal, anhelaba una mayor relevancia política. En sus memorias señaló que su propósito habría sido el de

llenar un gran vacío: carecíamos de leyes de asistencia y de previsión social cuya sanción y aplicación en un régimen orgánico era, a mi juicio, uno de los requerimientos más premiosos para lograr el bienestar, el orden y la paz en las masas proletarias.¹⁹

¿De dónde surgían estas inquietudes sociales? Una primera (y un tanto cínica) aproximación aludiría al contexto de producción del discurso: las memorias de Iburguren, redactadas en los años '50, tendrían un sesgo favorable al gobierno peronista (del cual era, por otra parte, un partidario convencido). La recuperación de proyectos fallidos y olvidados como la Ley de Asistencia y Previsión Social habría sido un tímido intento por mostrarse como un lejano antecesor del justicialismo.

Sin embargo, el jurista pone un especial empeño en reunir sus antecedentes en materia social y en justificar el altruismo subyacente a sus intenciones. Su principal inspiración habría venido de Vicente Fidel López, en particular de aquel que abogaba en 1872 por el industrialismo:

Somos dependencia del comercio extranjero y de las comisiones que lo agitan: nuestra producción, es decir, nuestra materia prima, que es lo único que la constituye, depende necesariamente de la demanda de los mercados extranjeros. Ellos nos fijan la línea a que puede llegar. Ellos nos tienen bajo su tutela despótica.²⁰

Esta “humanitaria y cristiana” preocupación por “las masas proletarias urbanas” que “no participaban de los beneficios de la fortuna del país, que se derramaba pródigamente en la burguesía”, “abandonadas por el gobierno y por el Estado que carecía de legislación social”

¹⁹ CARLOS IBARGUREN, *La Historia que He Vivido*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, p. 233.

²⁰ Citado en IBARGUREN, *ibidem*, p. 204.

se vuelve un lugar común en este detallado y erudito texto autobiográfico.²¹ En cierta manera, sus posturas a principios de siglo lo acercarían a los que Eduardo Zimmermann ha tildado de “liberales reformistas”, figuras para las que el Estado tenía la capacidad de mejorar las condiciones de vida de la clase obrera mediante la elaboración de leyes claras y eficaces. De hecho, podía verse esta estrategia como una maniobra ineludible para asegurar la estabilidad del orden social vigente. Tenían también

una fuerte aspiración de rescate y consolidación del principio de *ciudadanía*: a través de la reforma política y de ciertas intervenciones del Estado en materia social, los reformistas retomaban una tradición –que puede ser rastreada hasta su raíces sarmientinas- basada en otorgar un papel activo al Estado en la creación y protección de ciertas condiciones mínimas que condujeran al desarrollo de una “república de ciudadanos” en la sociedad argentina.²²

Al comunicar su proyecto al primer mandatario, Iburguren manifestaba que “es menester completar la democracia política con la democracia social fundada en la unión de los hombres solidarizados para su recíproca asistencia y ayudados eficazmente por el Estado”.²³ De esta manera, su gestión habría intentado dejar en segundo plano la “dimensión política” de la “democratización” para enfocarse en su costado social, el cual consistiría en hacer de la clase obrera el objeto de una política estatal de regulación de sus ingresos y condiciones de trabajo.

Este proyecto, como el de otros liberales reformistas, habría adolecido de lo que Natalio Botana llamó un “exagerado optimismo en las posibilidades de transformar el orden político a través del cambio de una ley”, el cual respondía a “un principio teórico que hace excesivo hincapié en la autonomía de la esfera política”.²⁴ Esta desmesurada confianza acompañaría al jurista en los planes de reforma que elaboró y presentó a lo largo de los

²¹ *Ibidem*, p. 204.

²² EDUARDO ZIMMERMANN, “José Nicolás Matienzo en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*: los límites del reformismo liberal de comienzos de siglo”, en DARÍO ROLDÁN (comp.), *Crear la Democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno a la República Verdadera*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 291.

-----, *Los Liberales Refomistas. La cuestión social en la Argentina, 1880-1916*, Buenos Aires, Universidad de San Andrés/Sudamericana, 1995.

²³ IBARGUREN, *op. cit.*, p. 234.

²⁴ ZIMMERMANN, *op. cit.*, p. 292.

años y que culminaron en una serie de propuestas para la Constitución de 1949.²⁵ En última instancia, permitiría ver un cambio al interior del liberalismo argentino de fin-de-siglo: el contemporáneo y erudito Ernesto Quesada se mantuvo firme en su credo liberal clásico al sostener que la acción del Estado era perjudicial. Para encarar los problemas económicos y sociales continuó confiando en la capacidad de auto-organización y autogestión de la sociedad civil.²⁶

Más allá de su cercanía con Sáenz Peña y de su preocupación por los problemas obreros, Ibaguren explicitó algunas de las divergencias que mantenía respecto del espíritu de la reforma. En el mismo discurso que provocó el encomio presidencial había aseverado que la democracia “no promete aciertos por la afluencia desconcertada de sufragantes libres a las urnas” sino que requiere de “organizaciones preparadas que respondan a concretas tendencias colectivas y que se sucedan y participen en el gobierno sin turbar el equilibrio social asegurado por la regulación de las fuerzas”.²⁷ Esta cautela no era excepcional, ya que como ha señalado Halperín Donghi

entre los dirigentes de la República oligárquica abundaban en efecto las reservas acerca de las posibilidades de éxito de la República verdadera, en una sociedad cuya vertiginosa modernización y expansión había sido menos capaz de cancelar la pesada herencia del absolutismo colonial y de la etapa de la anarquía y tiranía que iba a seguirle de lo que los padres fundadores de la Argentina moderna habían esperado.²⁸

Ahora bien, no queda del todo clara la opción de Ibaguren en este contexto. Por un lado, podría pensarse que las “organizaciones preparadas que responden a concretas tendencias colectivas” son los partidos orgánicos y de ideas que, según creían algunas figuras, surgirían como consecuencia de la dinámica abierta por la Ley Sáenz Peña. Por el otro, la importancia de las “concretas tendencias colectivas” no pasó desapercibida para figuras como Rodolfo Rivarola, para quien “la garantía de mejor representación estará en

²⁵ CARLOS IBARGUREN, *La Reforma Constitucional. Sus fundamentos y su estructura*, Buenos Aires, Valerio Abeledo Editor, 1948.

²⁶ PABLO BUCHBINDER, *Los Quesada. Letras, ciencia y política en la Argentina, 1850-1934*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

²⁷ IBARGUREN, *op. cit.*, p. 229.

²⁸ HALPERÍN DONGHI, *op. cit.*, p. 39.

vincularla a intereses sociales [...] y no a la homogeneidad indefinida incoherente que se contiene en la vaga noción de pueblo, que se confunde con muchedumbre, con mucha gente y nada más que con mucha gente”.²⁹ Podría sugerirse entonces que Iburguren también habría visto con simpatía el proyecto difundido por la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* de un “Gobierno Representativo”, cuyo senado no incorporaría representantes provinciales sino de los principales grupos sociales.

No obstante, el apoyo a la reforma no habría sido insincero: por el contrario, en sus memorias la justificó como una medida necesaria debido al ansia de participación demostrada por los hijos de inmigrantes. Al mismo tiempo, se habría convertido en algo ineludible debido a los obstáculos que las maniobras "abstencionistas" y "revolucionarias" del radicalismo estaban poniendo al accionar de las elites.³⁰ Incluso censuró retrospectivamente a un grupo mayoritario de senadores que habría aprovechado “la grave enfermedad del presidente para obligarlo a renunciar, creyendo que con el doctor De la Plaza volvería a imperar el antiguo régimen”.³¹

Las diferencias con el vicepresidente de Sáenz Peña y un conflicto a causa del método de nombramiento de jueces y camaristas impulsaron a Carlos Iburguren a presentar su dimisión en febrero de 1914. Esta actitud lo mostraría como un "hombre del presidente”, al igual que muchos otros ministros que abandonaron sus carteras en los meses siguientes. En cierta manera, podría verse esta deserción como un síntoma de las grietas que atravesaban a las elites conservadoras. Grietas que aparecerían con toda claridad en los conflictos que rodearon la gestación del Partido Demócrata Progresista (PDP).

El jurista participó activamente en este proceso. Con motivo de las elecciones presidenciales de 1916 redactó el programa y la plataforma partidarias, ambos explícitamente conformes con el régimen electoral vigente. En ellos incorporó algunas de sus ideas previas: por ejemplo, manifestó que el Estado debía tomar cartas en materia de salud pública, vivienda, previsión social y política salarial. Probablemente bajo influjo de

²⁹ DARIO ROLDÁN, "La República Verdadera Impugnada" en: ROLDÁN, *op. cit.*, p. 68.

³⁰ IBARGUREN, *op. cit.*, p. 221.

³¹ *Ibidem*, p. 249.

Vicente Fidel López, propuso también consolidar el proceso de sustitución de importaciones posibilitado por la guerra.³²

Todos estos preparativos serían en vano, ya que las divisiones internas y los rencores personales debilitaron al PDP, el cual llegó mal preparado a los comicios de 1916. Yrigoyen acabó por imponerse en el colegio electoral e hizo temer a muchos legisladores escépticos que sus esfuerzos habían llevado al poder a un “partido extremo”. El tan celebrado como vilipendiado episodio de la carroza presidencial siendo desenganchada por los extasiados partidarios parecía indicar que con el flamante primer mandatario revivían los fantasmas de autoritarismo y liderazgo carismático.³³

Carlos Ibarguren describió este proceso como un avance sobre el Estado por parte de las clases medias y populares caracterizadas por su escaso refinamiento y deficiente capacidad para manejar los asuntos de gobierno. En retirada habrían estado los supuestos “politicastos del ‘régimen’, la aristocracia formada por los restos del patriciado, y el sector social exponente de alta cultura que ejercía positiva influencia en las esferas públicas”.³⁴ Se trataba, en definitiva, no de “una revolución, puesto que no traía consigno ningún contenido ideológico que transformarse instituciones políticas o sociales, sino el simple desplazamiento de una clase predominante para reemplazarla otra”.³⁵

Esta descarnada visión del cambio operado se corresponde con un juicio muy crítico respecto del primer gobierno radical:

En el gobierno de Hipólito Yrigoyen fue condenable el personalismo de mandón que éste ejerció implacablemente y el predominio de gente inferior por su incultura e ineptitud que hacía cometer desaciertos, a causa de la carencia de condiciones indispensables para las funciones administrativas que desempeñaban. En lo interno, la atención primordial, diré casi exclusiva, fue encaminada a satisfacer los intereses del partido radical y la dominación de su oficialismo en la República entera.³⁶

³² CARLOS MALAMUD, "El Partido Demócrata Progresista: un intento fallido de construir un partido nacional liberal-conservador" en: *Desarrollo Económico*, Vol. 35, Nº 138, Julio-Septiembre 1995, Buenos Aires, p. 307.

³³ HALPERÍN DONGHI, *op. cit.*, p. 56. Ver también Marcelo Padoan, *Jesús, el Templo y los Viles Mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista*, Quilmes, UNQ, pp. 37-40.

³⁴ IBARGUREN, *op. cit.*, p. 297.

³⁵ IBARGUREN, *op. cit.*, pp. 297-298.

³⁶ *Ibidem*, p. 304.

Implícita en esta argumentación parece estar la axiomática distinción entre un patriciado de alto estatus, gracias a su experiencia en el manejo de los asuntos públicos y su esmerada educación, y unos sectores populares que no pueden suplir con su entusiasmo las escasas dotes políticas y administrativas que poseen. Por otra parte, resulta interesante que todavía en los años '50 el nacionalista Ibareuren recurriera a los principios del republicanismo liberal para condenar los “excesos autoritarios” y el “partidismo” de Yrigoyen.³⁷

No debería dejarse de lado la existencia de una amargura más íntima y personal. En sus célebres memorias el escritor Manuel Gálvez lamentaba que “su amigo” se hubiera visto privado de la elevada posición que merecía debido al derrotero seguido por la historia política de la Argentina.³⁸

La democracia ampliada parecía gozar en la Argentina de buena salud, al menos por el momento. Más preocupante era tal vez para Ibareuren el creciente malestar obrero provocado por las consecuencias económicas de la Gran Guerra y por los rumores de movimientos revolucionarios que sacudían a toda Europa.

REVOLUCIÓN

Durante la contienda el jurista parece haber sido bastante reservado a la hora de emitir opiniones. La plataforma partidaria del PDP, por poner un ejemplo, no hizo mayores precisiones en materia de política internacional. Para Carlos Malamud el carácter novedoso y dramático de la guerra habría impedido alcanzar formulaciones más precisas.³⁹ También podría argumentarse que para el PDP la lucha electoral con el radicalismo era más importante que las relaciones exteriores, respecto de las cuales habría visiones compartidas entre sectores de ambas fuerzas.⁴⁰

³⁷ Olga Echeverría ha señalado con suspicacia que “todas las apreciaciones sobre Yrigoyen expresaban, al mismo tiempo, admiración y rechazo”. Admiración por su carisma y su dominio de las masas, rechazo por su baja alcurnia, su demagogia y sus giros autoritarios. Podría también pensarse que la recuperación del caudillo radical realizada a partir de los años '30 por nacionalistas de derecha (como Ernesto Palacio) e izquierda (como los nucleados en FORJA) habría motivado a Ibareuren a matizar sus juicios. Ver OLGA ECHEVERRÍA, *Las Voces del Miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Rosario, Prohistoria, 2009, p. 77.

³⁸ MANUEL GÁLVEZ, *Recuerdos de la Vida Literaria (II)*, Buenos Aires, Taurus, 2003, pp. 650-653.

³⁹ MALAMUD, *op. cit.*, p. 207.

⁴⁰ La Gran Guerra quedó en el centro de un acalorado debate público durante sus últimos años. Los ataques por parte de submarinos alemanes a buques de bandera argentina, las presiones de EE.UU. y el curso de la contienda motivaron la aparición neutralistas y rupturistas o, en ciertos casos y peyorativamente, “germanófilos” y “aliadófilos”. En ese contexto, podría pensarse que la plataforma del PDP omitía una

Recién en julio de 1919, con el Tratado de Versalles ya firmado, el abogado salteño pronunció en la Biblioteca del Consejo Nacional de la Mujer unas conferencias referidas al conflicto. Más específicamente, las charlas posteriormente reunidas en *La Literatura y la Gran Guerra* constituían un “estudio exclusivo [...] del trazo profundo que la gran guerra está dejando en el alma individual y colectiva, según aparece en la obra estrictamente literaria”.⁴¹

A través de estas conferencias habría intentado actuar como un “organizador cultural”, encargado de seleccionar los desarrollos más importantes de la literatura del Viejo Continente para posteriormente interpretarlos. En ese recorte las fuentes francesas son más abundantes que las alemanas, mientras que las inglesas apenas son mencionadas. Esto podría deberse a que los libros de ese origen eran más accesibles en el país. También podría argumentarse que la nación gala continuaba siendo un ineludible faro cultural, cuyos referentes eran tan conocidos para el disertante como para su público.

Ibarguren no olvida que “la guerra, al remover brutalmente el alma de los pueblos, ha encendido el fuego revolucionario”, y toma en cuenta títulos como *Le Feu*, del entonces bolchevique Henri Barbusse, o *El Hombre es Bueno*, del pacifista Leonhar Frank.⁴² Podría aventurarse que se sentía en la necesidad de “recoger el guante” y responder a las denuncias de la izquierda europea en sus variantes revolucionarias y pacifistas. En primera instancia, parece aceptar implícitamente algunas de esas críticas al aseverar que fue en “el seno febril” de “nuestra sociedad contemporánea” donde

se ha engendrado la gran guerra cuyas consecuencias nos abruman: el industrialismo con sus luchas económicas y sociales, el desarrollo de la ciencia con sus maravillosas aplicaciones técnicas, que multiplicaron la fuerza del hombre en la naturaleza, el influjo del determinismo, de la filosofía materialista, con su pesimismo consiguiente, como

cuestión vista en ese momento como secundaria. Ver MARÍA INÉS TATO, “La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial” en: *Temas de Historia Argentina y Americana*, N° 13, Buenos Aires, Centro de Historia Argentina y Americana, 2008.

⁴¹ CARLOS IBARGUREN, *La Literatura y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Cooperativa Editorial “Buenos Aires, 1920, pp. 12-13.

⁴² IBARGUREN, *ibídem*, pp. 229-237.

consecuencia del reinado del laboratorio que, cual un nuevo Dios sin piedad, pretendía encerrar en sus retortas inhumanas el enigma del universo y de la vida.⁴³

El conflicto habría sido entonces el resultado de procesos económicos (la Revolución Industrial y el desarrollo del capitalismo), científicos y culturales (el auge del “determinismo” y del “materialismo”). Esta explicación contrasta de manera marcada con la visión idealista del conflicto presentada por José Ingenieros en su célebre artículo “El suicidio de los bárbaros”. Allí no era la sociedad liberal y capitalista la culpable sino “la civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa”, la cual había decidido “suicidarse, arrojándose al abismo de la guerra”.⁴⁴

Ibarguren señala incluso que la *belle époque* distaba de ser una era dorada: por el contrario, en ella aparecieron

las poderosas empresas que luchan entre sí, las grandes ciudades manufactureras, las inmensas agrupaciones de hombres que, a pesar de estar agobiados por el trabajo colectivo y anónimo, no salen de la miseria, la dominación de las máquinas regidas por fuerzas insensibles, la concurrencia universal que determina la compra del esfuerzo humano como una mercancía, todo ello planteó a los pensadores y literatos contemporáneos un problema grave, que fue y es la obsesión de estos tiempos dramáticos: la cuestión social, y avivó un sentimiento ya manifiesto en otras épocas y bajo otras formas: la piedad social.⁴⁵

Más que un guiño cómplice hacia ciertas posiciones de izquierda, podría verse en estas opiniones un intento por reafirmar lo acertado de sus diagnósticos de la preguerra: si la dinámica del sistema capitalista provoca ineluctablemente la aparición de estas masas frustradas, empobrecidas e insatisfechas, entonces el Estado debe intervenir para garantizar la estabilidad social y política con un “espíritu de caridad cristiana”.

⁴³ *Ibidem*, p. 37.

⁴⁴ INGENIEROS, *op. cit.*, p. 15. No debería pasarse por alto que a finales del siglo XIX Carlos Ibarguren se mostraba optimista respecto de los logros del positivismo y las conquistas de la civilización decimonónica, como podía leerse en las páginas de la revista universitaria *Juventud*. Ver OSCAR TERÁN, *Vida Intelectual en el Buenos Aires Fin-de-Siglo. Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 90.

⁴⁵ IBARGUREN, *op. cit.*, p. 44.

No obstante, el jurista parece rescatar algunos aspectos positivos del fin-de-siglo. Indirectamente celebra a los jóvenes románticos que anhelaban

respirar una ráfaga de heroísmo [...] sacudiendo el enervamiento engendrado por la filosofía escéptica y el sibaritismo derivado de los refinamientos materiales de la civilización contemporánea, sintieron la necesidad de levantar su alma adormecida y el ansia de hacerla vibrar en la actividad heroica, para vivir intensamente la vida.⁴⁶

Este tipo de experiencias habría trascendido a literatos como Charles Péguy para “democratizarse” en las trincheras. Es que solamente en ellas

el sentimiento de la cohesión de los hombres ante la muerte es irresistiblemente impuesto por leyes éticas superiores, y en el curso de la batalla ese englobamiento o fusión en el sacrificio explica la sublime solidaridad del combate, que embriaga al soldado. Pero fuera de la batalla, esa coordinación se debilita y el eretismo emocional se traduce alternativamente en depresiones hondas y en enérgicas exaltaciones de ánimo, en caída y en ascensiones.⁴⁷

Solamente esa *Frontierleibniz* habría tenido la capacidad de sacar lo mejor de los ciudadanos-soldados. La alternativa puede ser ilustrada por la alienación sufrida por el veterano y famoso escritor Erich Maria Remarque, quien daría voz a sus vivencias años después a través de su *alter ego* Paul Baumer.⁴⁸

Es a través de esas actitudes de coraje y disciplina bajo fuego que podría hallarse a los verdaderos héroes de la Gran Guerra, “esas multitudes de millones de hombres humildes, que guardaban ignorado el heroísmo latente y ciego del proletario del rascacielos”. Ellos “irradiaron magníficamente en las líneas de fuego esa virtud que ardió encendida por el ideal de su patria y de su causa”.⁴⁹ En otras palabras, el deber patriótico y el peligro compartido habrían resucitado el coraje primigenio de las muchedumbres

⁴⁶ IBARGUREN, *ibidem*, p. 76.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 120.

⁴⁸ ERICH MARÍA REMARQUE, *Sin Novedad en el Frente*, Barcelona, Edhasa, 2009 [orig. alemán 1930].

⁴⁹ IBARGUREN, *op. cit.*, p. 9.

europeas, adormecidos por la incesante y embrutecedora labor demandada cotidianamente por la industria.

Ibareuren habría actuado aquí como un buen discípulo de José María Ramos Mejía, a quien había elogiado en un discurso pronunciado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1916.⁵⁰ En *Las Multitudes Argentinas*, de 1907, el alienista sostenía que los sujetos eran susceptibles de caer en “estado de muchedumbre”, en el cual perdían todo trazo de racionalidad para ceder frente a impulsos instintos e irracionales. Estas tesis, explícitamente tomada de la *Psychologie des Foules* de Gustav Le Bon, llevaban a Ramos Mejía a articular una visión novedosa de la historia argentina: en ciertas coyunturas, las masas rurales habían asumido un rol heroico. La condición necesaria habría sido su debido encuadramiento detrás de un líder como Juan Facundo Quiroga o Juan Manuel de Rosas.⁵¹

Serían este heroísmo y esta irracionalidad las que Ibareuren habría encontrado en los ejércitos que se lanzaron a las trincheras de Europa Occidental.⁵² Sin embargo, no habría sido necesario un líder, como creía Ramos Mejía, sino el llamado de la patria amenazada para que estas masas entraran en acción y tomaran consciencia de su fuerza. A partir de entonces reclamarían “una ilusión que las alivie: la de que comience un cambio en las cosas que haga la vida más llevadera de lo que era antes de la guerra y que evite, o atenúe, la miseria y la injusticia, la lucha inexorable y el dolor”.⁵³

A la luz de la Revolución Rusa podía pensarse que esa exigencia habría adquirido un carácter más urgente. Sin embargo, el abogado se mostraba moderadamente optimista respecto del futuro: en una encuesta sobre “el maximalismo” organizada por el diario *La Unión* en 1920 expresaba que el proceso soviético “a pesar de estar apoyado por el

⁵⁰ CARLOS IBARGUREN (H), “Bibliografía de Carlos Ibareuren” en: *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Tomo XXI, Nº 80, Buenos Aires, Abril-Junio 1956, p. 190.

⁵¹ TERÁN, *op. cit.*, pp. 113-117.

⁵² La exaltación de las masas rurales y de la “obediencia del gaucho” podía encontrarse en *De Nuestra Tierra*, libro de 1917 en el que Ibareuren adhería plenamente a la temática nacional previamente explorada por Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. Podría señalarse que en el caso de estos intelectuales, más allá de sus particularidades, este “nacionalismo cultural” no iba acompañado de una impugnación abierta al régimen político y económico del momento. Ver OSCAR TERÁN, “Modernos intensos en los veinte” en: *Prismas*, Nº 1, Quilmes, 1997, p. 92.

⁵³ IBARGUREN, *op. cit.*, p. 245.

proletariado universal, no alcanzará a dominar el mundo”.⁵⁴ De hecho, los efectos serían positivos en tanto esos acontecimientos

han apresurado el proceso evolutivo de nuestra sociedad [...] se producirán modificaciones jurídicas y económicas, tanto en lo que se refiere a la propiedad individual, sobre todo de la tierra, cuanto en lo que respecta a la distribución de la riqueza y a la gravitación que el factor trabajo tendrá en el gobierno de los negocios.⁵⁵

La Revolución Rusa podía ser entonces presentada como un eslabón más en una larga cadena de transformaciones graduales. Al igual que los liberales reformistas, Ibarguren veía estos cambios como una consecuencia directa de la acción del Estado y de las reformas legislativas. Podría aventurarse que el “derrumbamiento” de la civilización decimonónica operado por la Gran Guerra y el proceso revolucionario ruso no hacían más que actualizar los mismos reclamos insatisfechos de las muchedumbres y las mismas soluciones que él, como una suerte de profeta en el desierto, venía señalando desde hacía varios años.

Sin embargo, una pregunta quedaba pendiente: este heroísmo demostrado por los ejércitos europeos, ¿se había irradiado a las multitudes argentinas? El “maximalismo”, ¿era un problema específicamente ruso o podía aparecer en otras latitudes? En última instancia, estas preguntas aludían a la eficacia (o ineficacia) que la reforma electoral de 1912 había tenido a la hora de reconstruir la relación entre la sociedad civil y el Estado y de dar expresión a los reclamos de las distintas clases sociales. Los dramáticos eventos de enero de 1919, que Carlos Ibarguren experimentó en primera persona, sugerían respuestas poco alentadoras a esos interrogantes.

EL BÚHO DE MINERVA

En marzo de 1918 el Museo Social Argentino organizó el primer Congreso de Mutualidad. Ibarguren aceptó gustosamente el cargo de presidente, desde el cual manifestó que “la mutualidad no resuelve todas las complejas cuestiones sociales”, pero sí “abre el camino a los poderes públicos para el progresivo mejoramiento de las clases pobres de la

⁵⁴ CARLOS IBARGUREN, “Respuesta a *Encuesta sobre maximalismo*”, *La Unión*, 1/IX/1920.

⁵⁵ IBARGUREN, *op. cit.*

sociedad”.⁵⁶ En cierta manera, la réplica a los dilemas de la guerra y la revolución era la misma que dirigía a la “cuestión social” en la Argentina: no confiar en la capacidad de la sociedad civil para resolver sus propios problemas sino desplegar el poder estatal para remediarlos. En definitiva, “una vez organizadas las mutualidades, y unidas o federalizadas éstas en poderosas organizaciones, habrá llegado la hora de implantar el seguro social, que es la etapa superior de la mutualidad ayudada y fiscalizada por el Estado”.⁵⁷

En cierta manera, Ibarguren parecía repetir el célebre aforismo de Hegel según el cual “el búho de Minerva inicia su vuelo en el crepúsculo”: la revolución y la guerra demostraban lo acertado de sus opiniones cuando la oscuridad anunciada por Sir Edward Grey ya había caído. En otras palabras, durante las postrimerías de la segunda década del siglo XX y los principios de la tercera no pueden observarse quiebres importantes en los juicios de este autor. El “teórico nacionalista” que Romero recordaba a finales de los ’50 aparecería recién más tardíamente.

El Congreso de la Mutualidad no publicó un programa concreto y preciso de acción, lo cual no impidió que el abogado se indignara porque “el gobierno y el Parlamento prescindieron en absoluto de las cuestiones estudiadas”.⁵⁸ En esto serían tan responsables las administraciones radicales como sus antecesoras, ya que tanto “el gobierno del señor Hipólito Yrigoyen” como “en general, los anteriores poderes públicos, descuidaron por completo la cuestión social y los problemas de previsión y de asistencia a las masas trabajadoras”.⁵⁹

El cataclismo social, implícita pero recurrentemente vaticinado, pareció materializarse en enero de 1919, cuando estalló “en Buenos Aires la grave rebelión denominada la semana trágica”. Los disparadores fueron

la desidia de las autoridades a este respecto (por la política de previsión y seguridad social) reactivó los gérmenes de agitación, fomentados aquí, como en todo el mundo, después de concluida la guerra, por la revolución rusa, cuyos agentes soviéticos aprovechaban, para su

⁵⁶ IBARGUREN, *La Historia*, cit., p. 321.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 321.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 322.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 319.

propaganda, los pueblos donde el ambiente era más favorable para ser convulsionado por falta de legislación social y de instituciones de previsión y asistencia al proletariado.⁶⁰

Frente a la magnitud de esta amenaza, ¿por qué afirmaba Ibarguren en 1920 que la revolución rusa carecía de perspectivas de éxito? ¿Decidió ignorar acaso a “los agentes soviéticos” que transformaron la ciudad de Buenos en “tierra de nadie” por varios días? Daniel Lvovich ha señalado que esta teoría conspirativa habría sido construida *a posteriori*. En un artículo aparecido en *Vida Nuestra* en 1919 el abogado salteño “no se refería a la existencia de complot alguno, limitándose a señalar que durante la huelga ocurrieron disturbios y episodios violentos”.⁶¹ Podría entonces pensarse que sólo retrospectivamente habría vinculado los sucesos argentinos con la revolución rusa, para así incrementar el dramatismo de los primeros y reafirmar la peligrosidad de la segunda.

A partir de las memorias puede reconstruirse el clima de “gran miedo” que, según sugiere Lvovich, habría predominado en la ciudad y sus alrededores. Durante una de las jornadas Ibarguren partió en automóvil a la ciudad desde San Isidro, donde se encontraba veraneando junto con su familia. Para su protección personal, tanto él como su chófer estaban armados. Sin embargo, su jornada fue tranquila ya que los “enfrentamientos” estaban localizados en los barrios bajos y los arrabales.⁶²

El jurista sostiene que la Semana Trágica no pasó a mayores por la feliz coincidencia de dos factores. El primero era, un tanto irónicamente, la presencia de un “gobierno realmente popular” que “nos evitó, quizás, consecuencias mucho más terribles que las ocurridas en esa luctuosa jornada”. El segundo fue la “reacción contra los extremistas” organizada por la “Liga Patriótica, que presidió mi amigo el bravo y romántico Manuel Carlés”.⁶³ De hecho, entre los miembros fundadores estaba el propio Carlos Ibarguren, junto a “la casi totalidad de las elites sociales, políticas e intelectuales del antiguo orden conservador y una parte de las nuevas”.⁶⁴ Esto indicaría la existencia de un amplio consenso en dichas clases en torno de los valores nacionalistas y el uso de la fuerza

⁶⁰ *Ibidem*, p. 322.

⁶¹ DANIEL LVOVICH, *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones B, 2003, p. 172.

⁶² IBARGUREN, *op. cit.*, p. 324.

⁶³ *Ibidem*, p. 325.

⁶⁴ DEVOTO, *op. cit.*, pp. 144-145.

para mantener el orden.⁶⁵ Es probable que para Ibaguren las “masas cívicas” que cometieron actos de violencia y vandalismo en las calles y la “acción enérgica” de las tropas al mando del Teniente General Luis Dellepiane fuesen medidas lamentables, pero en última instancia necesarias.

El jurista no sólo participaría del acuerdo respecto del uso de la coerción, sino que también encontraría opiniones similares respecto de la “cuestión social”. El joven secretario de la Asociación del Trabajo, Atilio Dell’Oro Maini, apoyaba en 1920 la introducción de un impuesto a la renta afirmando que

la solución de la cuestión social, o sea, el problema de la justicia en la teoría impositiva, consiste en realizar la “igualdad” ante el deber fiscal, es decir, en el sostenimiento de las cargas públicas, en mantenerla sin acordar ventajas, de hecho o de derecho, injustas, y en corregir las desigualdades históricas que aún subsisten en el cumplimiento de la obligación.⁶⁶

Como Ibaguren, Dell’Oro Maini habría desplegado un discurso que oscilaba entre lo técnico y lo admonitorio: junto a la descripción del problema surge el llamado a resolverlo sin dilaciones para evitar males mayores. El secretario de la Asociación del Trabajo incluso se permite afirmar que “las clases ricas y conservadoras de algunos países” que “se espantan ante el impuesto sobre la renta, progresivo y diferencial” por ver en él “un instrumento futuro del gran despojo comunista” están en un error.⁶⁷

Otro vocero de la misma organización parecía ir más lejos al proponer la participación de los trabajadores en las ganancias empresarias:

El salario, así sea justo y baste para el mantenimiento de un obrero sobrio y honrado, para emplear la fórmula consagrada, y le permita el cumplimiento de sus deberes materiales, morales y sociales, el salario, decimos aún percibido en esas condiciones de justicia, no

⁶⁵ Para un estudio detallado sobre el nacionalismo de la Liga Patriótica, ver SANDRA MCGEE DEUTSCH, *La Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

⁶⁶ ATILIO DELL’ORO MAINI, “La función social del impuesto sobre la renta” en: *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, Vol. 1, N° 1, Buenos Aires, 1920.

⁶⁷ ATILIO DELL’ORO MAINI, *op. cit.*

constituye, ni puede constituir la máxima aspiración de un trabajador. Es indudable que si se quiere dar al obrero el rol que le corresponde en la producción y, aún si se quiere obtener de él su máximo de rendimiento, es también justo que se le interese en los resultados de la industria a la que presta su esfuerzo.⁶⁸

El anónimo autor habría intentado equiparar los anhelos de eficiencia y productividad del empresario con mayores beneficios materiales para el trabajador. O, por lo menos, unir a ambos sectores en un común anhelo maximizador: de la ganancia en un caso, del salario en el otro. En todo caso, podría argumentarse que el Boletín habría apuntado a realizar en el ámbito patronal la misma operación que Ibarguren en las elites culturales y políticas al advertir sobre la “cuestión social” y proponer caminos para resolverla dentro del orden vigente.

Este compromiso con el *statu quo* se extendía también al régimen político, en tanto por estos años el abogado salteño no repudió públicamente la reforma electoral ni la democracia ampliada. Por el contrario, cuando el Partido Demócrata Progresista eligió candidatos para las elecciones presidenciales de 1922, él mismo fue quien encabezó la lista. En las conferencias que pronunció no perdió ocasión de reafirmar la importancia de las sociedades mutuales para abordar la “cuestión social”. Incluso haría de la jornada máxima, el salario mínimo y la participación obrera en las ganancias los objetos de sus promesas electorales.⁶⁹

Era más novedoso lo que tenía para argumentar en materia política, en donde veía a una Argentina aquejada por el centralismo, el personalismo, la oligarquía y la demagogia. De todas maneras, estos podrían ser eventualmente resueltos por una reforma constitucional y, sobre todo, por el paulatino declive de las fuerzas políticas que barrería con los resabios del conservadurismo y con el mismo radicalismo.⁷⁰ Más allá de su candidatura “testimonial”, Ibarguren habría comenzado en estos momentos a presentar ciertos reparos respecto del curso que había tomado la experiencia democrática en la Argentina. Durante los años siguientes el progresivo alejamiento de la arena política y procesos foráneos como

⁶⁸ ASOCIACIÓN DEL TRABAJO, “La participación en los beneficios” en *Boletín de Servicios de la Asociación del Trabajo*, Vol. 1, Nº 1, Buenos Aires, 1920.

⁶⁹ CARLOS IBARGUREN, “Discurso” en: *La Nación*, 27/III/1922.

⁷⁰ ECHEVERRÍA, *op. cit.*, p. 79.

el ascenso del fascismo en Italia habrían profundizado este quiebre. En este sentido, Olga Echeverría ha sugerido que recién “desde mediados de la década de 1920, había comenzado a alejarse de las formas más típicas del sistema político liberal y había profundizado su concepción corporativa para la organización de la nación”.⁷¹

De todas maneras, el giro no habría llegado a ser completo. En el recordado discurso a favor de una reforma corporativa pronunciado por en 1930, cuando oficiaba de interventor en la provincia de Córdoba y de “vocero de la revolución” de su primo José Félix Uriburu, persistía una ambigüedad fundamental en tanto “sostenía que la Constitución no era perfecta e inmodificable, pero aseveraba que las reformas podían y debían hacerse a través de los instrumentos que brindaba la propia carta magna”.⁷²

El compromiso de Ibarguren con el liberalismo económico nunca habría sido muy firme, como puede seguirse de su apoyo a una política proteccionista, al fomento de la industria y a la intervención del Estado en materia social y laboral. Su adhesión al liberalismo político se habría agrietado durante los años de los gobiernos radicales. Su lugar habría sido tomado por propuestas de cambio político y “representación funcional” que habrían culminado en el corporativismo de los años '30. Sin embargo, la excesiva confianza en la capacidad transformadora del Estado se habría mantenido como una constante a lo largo de estos años. De hecho, sería el método elegido para resolver la persistente problemática de la “cuestión social”.

Ni siquiera en *La Inquietud de esta Hora*, obra en la que realizaba una necrológica del “liberalismo democrático”, Ibarguren dejaba de afirmar que el Estado era “no solamente el gendarme que asegura el orden y los derechos personales, sino el órgano propulsor y ordenador de todas las energías colectivas”. Por eso sostenía que “en sus cuerpos directivos” debían “estar representados auténticamente los factores de las actividades en las distintas clases de la sociedad”.⁷³ En otras palabras, las corporaciones podían armonizar los reclamos de la clase obrera con la política del Estado. De hecho, era sólo a través de este último que las corporaciones podrían reorganizar a la sociedad.

⁷¹ *Ibidem*, p. 183.

⁷² *Ibidem*, p. 185.

⁷³ CARLOS IBARGUREN, *La Inquietud de esta Hora. Liberalismo, corporativismo, nacionalismo*, Buenos Aires, Roldán Editor, 1934, p. 97.

Más allá de las transformaciones que su pensamiento experimentó a lo largo de los años, puede pensarse que Carlos Ibarguren se ajusta al ya mencionado argumento de Fernando Devoto. Como muchos otros miembros de la elite liberal-conservadora, el abogado salteño nunca dudó de la profunda influencia que las leyes tenían en la sociedad. Como otros liberales heterodoxos, bregó por incrementar las atribuciones del estado. Pero, por sobre todo, nunca puso en duda que era su clase la que estaba preparada y, en cierta medida, destinada a gobernar los rumbos del país. Probablemente fuera esta convicción la que lo motivaba a publicar sus ideas y a intervenir infructuosamente en la arena política. En definitiva, como había denunciado Charles Maurras a principios del siglo XX, si las elites traicionaban su función directora, entonces la suerte estaba echada.⁷⁴

Terminado: 29 de julio de 2013.

⁷⁴ CHARLES MAURRAS, *L'Avenir de l'Intelligence*, París, Nouvelle Librairie Nationale, 1917.